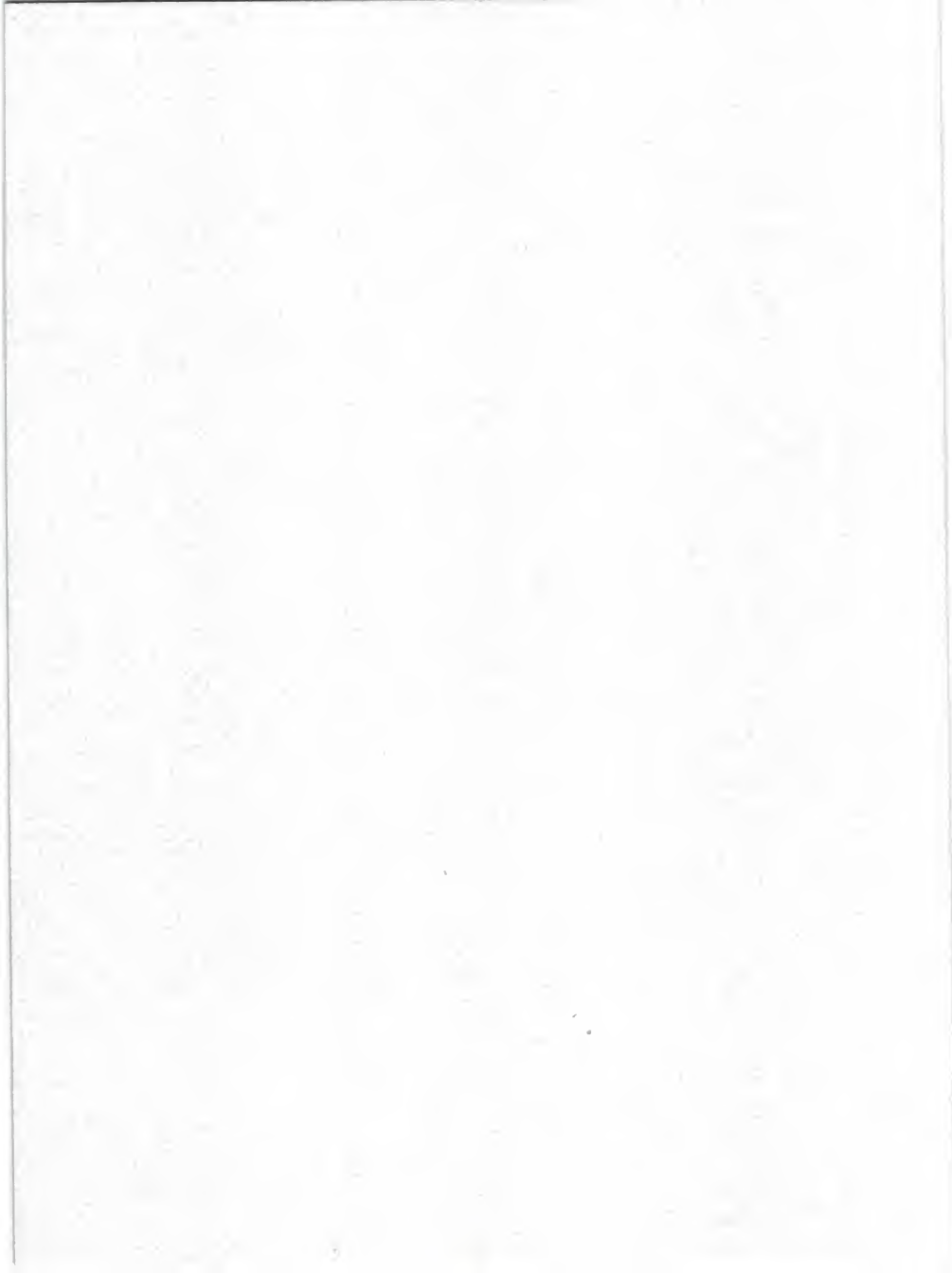




San Roque

*TOMAS
PORTO.*



SAN ROQUE

Rafael M.^a López-Melús, Carmelita

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA



El perro de San Roque

Uno de los Santos más populares no hay duda de que es San Roque...

El alma del fiel cristiano de pie a pie sabe distinguir muy bien el oro del oropel y hay una virtud sobre todas que le arrastra hacia los que la practican: la caridad...

Fruto de esta enorme caridad que llenaba el corazón del joven ROQUE fue el resultado de tanto tratar con los apesados: También cogió la terrible enfermedad de la peste...

Hubo de salir de la ciudad y se retiró a una cueva a las afueras de la población. El que había ayudado a tantos apesados y alimentado y curado a tantos enfermos y hambrientos ahora todos se han olvidado de él, incluso aquellos mismos a quienes curó de sus enfermedades... ¡Así de olvidadizo e ingrato es el corazón del hombre...!

En aquella cueva hubiera muerto de hambre y de sed a no haberlo remediado la Divina Providencia... La sed con el agua cristalina que hizo brotar allí mismo de modo milagroso ya que era todo un terreno muy seco...

—¿Y la comida?

—Allí cerca vivía un rico propietario que se llamaba Gortardo... y como correspondía a su categoría estaba rodeado de criados y se daba esplendidos banquetes...

Un día un criado observó que uno de los perros entraba a la cocina, cogía un panecillo y lo llevaba lejos... Y así un día y otro día hasta que llegó al conocimiento del amo... Este quiso descubrir lo que pasaba y a dónde iba a parar aquel panecillo y siguió al perro. Vió con asombro que lo llevaba a un pobre apesado que estaba en una curva... Y este lo trataba con gran cariño.

Por ello suelen pintar y esculpir a San Roque con un perro que le lleva pan y lame las llagas del Santo...



Rico y huérfano

La preciosa vida de este santo tan popular, está formada por la historia y la leyenda... Pero ambas son muy bellas y sumamente aleccionadoras...

Nació en los reinos del rey aragonés Jaime II. Sus padres eran muy buenos cristianos y de familia noble por ambas partes. Su padre Juan era el gobernador de Montpellier que entonces pertenecía a la corona de Aragón. Su madre una noble dama llamada Libera que veía con gran pena de su corazón que pasaban los años y no le venía descendencia... Esta era la única pena que había en aquel hogar... Por lo demás todo les sonreía: Dinero, fama, criados, salud, fe en Dios, amor de sus criados y demás ciudadanos...

Un día el Señor visitó a Libera cuando más entregada estaba a la oración, y le dijo:

—“Confía, hija mía, te voy a visitar y tendrás un hijo que será la alegría de toda la familia y él llevará mi nombre y mi amor a todas partes... Todos acudirán a él...”

Al nacer vieron que era robusto, fuertote y hermoso y por ello le pusieron el nombre del ROQUE al ser bautizado, porque estaba llamado a ser como una roca, fuerte en el servicio del Señor... Por otra parte también notaron que en el hombro y en la espalda llevaba una cruz roja... ¿Qué quería simbolizar todo aquello?, se preguntaban extrañados...

De niño no llamó en nada la atención. Era como los demás niños: juguetón, obediente, muy formalito...

A los doce años perdió a su padre quien antes de morir le dio unos sabios consejos que nunca olvidó. A los veinte perdía a su buena madre quedando desamparado de todos... menos de Dios.



Como al joven del Evangelio

¿Recuerdas la historia?

—Es encantadora: Un día Jesús hablaba a un grupo de gentes... Llegó un joven apuesto, —como nuestro Roque— y le pregunta:

—“Maestro bueno ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?

—Guarda los mandamientos... y después ven y sígueme...”

El joven era rico y le dolía dejar todas sus riquezas y no siguió a Jesús... ¿Se salvó?...

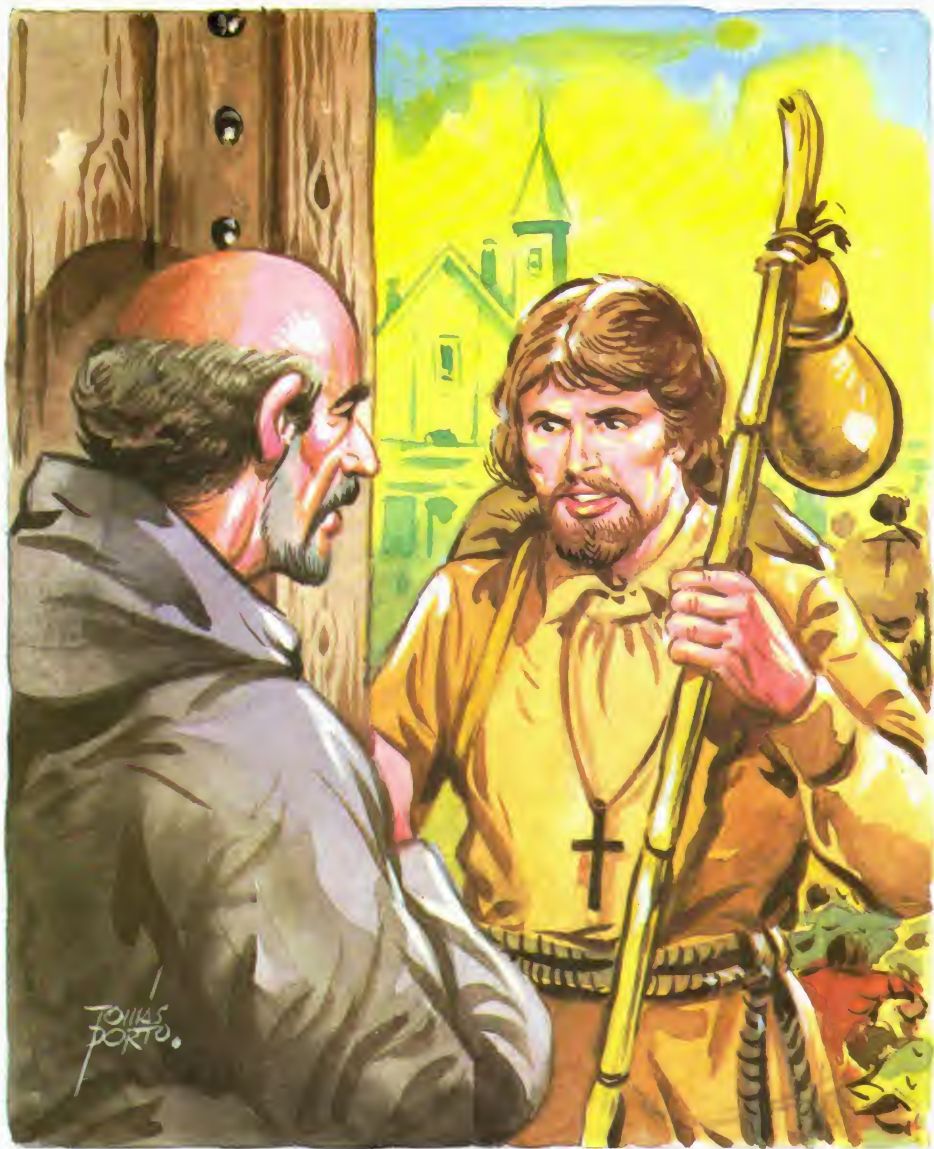
Nuestro Roque, joven elegante y roco, pero huérfano estaba un día orando muy fervorosamente y meditando el testamento que le había dado su buen padre antes de morir y oyó una voz que le decía:

—“Hijo mío, no olvides lo que yo dije en el Evangelio: Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes, da el dinero a los pobres y sígueme...”

Roque no lo dudó más. Todas sus enormes riquezas las distribuyó entre los más pobres de aquella región de Montpellier. Celebró honras fúnebres muy solemnes por el alma de sus amados padres..., y rotas ya todas las ataduras de este mundo, se puso en camino hacia los Sagrados Lugares de Roma... donde reposaban los cuerpos de los Santos San Pedro y San Pablo...

En aquella época estaba de moda, podemos decir, peregrinar a estos Santos Lugares y a Santiago de Compostela. Se daba de muchos Santos y Santas que hacían voto de hacer a pie con grandes sacrificios estas peregrinaciones.

Roque, valiente, con el tesón necesario para las grandes empresas, venció cuantos obstáculos le salían al paso para cumplir sus propósitos.



Un tozudo aragonés

Es proverbial la tozudez de los aragoneses. Dicen que somos capaces de pasar una viga atravesada y de clavar al revés un clavo en la pared...

Roque era un poco aragonés ya que en aquel entonces su patria era propiedad del Monarca de este Reino de Aragón.

Con sólo la ropa puesta y un pequeño ato a las espaldas se puso en camino puesta su confianza en el Señor.

El sabía que le separaban muchos días de arduo camino hasta llegar a la Ciudad Eterna de Roma...

Antes de llegar a allá al pasar por la ciudad de Acquapendente se encontró con algo inesperado: La peste diezma-ba la ciudad... Eran muchos los miles de apestados que morían en aquella región.

Por las calles no se podía transitar porque los apestados, aunque tenían órdenes de retirarse a fuera de los poblados, muchos no hacían caso y eran la causa de que la peste se propagara...

Para prevenir los apestados e incluso para curarlos a los más pudientes se les había instalado un hospital pero era imposible encontrar ni pagando grandes sumas voluntarios para atender a los apestados. Solamente había algunos voluntarios, religiosos que lo hacían por vocación y entrega al Señor...

Roque se presentó al director del hospital y le dijo:

—Por caridad le ruego que tenga la bondad de admitirme para poder atender gratis a los enfermos de peste...

—No, no puedo admitirle. Usted se ve que un joven rico y delicado. Será muy pronto, si entra aquí, pasto del mismo mal.

—“Por caridad, admítame. Ya verá como el Señor me protegerá... y me verá libre de la peste...” Y así fue.



“Un ángel ha bajado del Cielo”

No se sabía quien era más perseverante si al director de aquel hospital que reunía a todo lo deshecho por la peste o aquel joven elegante y caritativo que sólo deseaba entregar-se de lleno al cuidado de los necesitados.

El director insistía:

—“Usted no va a poder resistir todo esto. Usted se cansará muy pronto, y sobre todo muy grande será mi responsabilidad si usted coge también la peste... Por favor, márchese a otro lado...”

—“Mire, señor director, permítame por amor de Dios, aunque no sea más que para probar. Si pasados unos días usted no queda satisfecho de mi ayuda y comportamiento ya verá usted como me marchó... Pero, por favor, déjeme entregarme al cuidado de estos pobres enfermos en los que yo veo al mismo Jesucristo y que tanta necesidad tienen de amor y de cuidados... Yo se les daré...”

No pudo resistir a tanta insistencia y fue admitido Roque en aquella casa de dolor...

Pronto se ganó la simpatía de todos. Recorría las salas y a todos llevaba el consuelo, el cariño y, lo que más valía... hasta la misma curación.

—“Hermano, no sufra, decía a uno, pronto se curará. Ya lo verá. Vamos a rezar un Padre Nuestro... Vamos a rezarle a la Virgen María... Tenga fe en Jesús y María...”

A otro le llevaba algo de comer y le animaba a que lo tomase:

—“Hermano, hermana, haga un esfuerzo por Jesús. Tómese esto. Ya verá que le hará bien y pronto se pondrá bien del todo y podrá volver a los suyos...”

Y así a un tercero, a un cuarto... hasta llegar a todas partes. Parecía que su caridad tenía alas y volaba de cuarto en cuarto y de cama en cama... Por ello todos decían:

—“Un ángel ha bajado un ángel del cielo”.



Tres años en Roma

Los apestados de Acquapendente ya estaban casi curados por completo y en su corazón seguía bullendo su gran ilusión de ir a postrarse ante las tumbas sagradas de los Apóstoles San Pedro y San Pablo en la ciudad de Roma... y habiéndose despedido de la dirección y de los pocos enfermos que quedaban en aquel gran hospital... se puso en camino hacia Roma...

Pero de camino se encontró con otras ciudades que también estaban sufriendo el azote de la peste. En este tiempo eran bastante común estas pestes ya que no disfrutaban de los medios de higiene que ahora gozamos y además porque era muy frecuente el trasiego entre Oriente y Occidente y de aquellas partes lejanas solían traer estas calamidades a la pobre Europa...

Cuanto Roque hizo en Acquapendente lo repitió en las ciudades de Rimini y Cesena... Las escenas eran sumamente aleccionadoras... Los apestados llenaban las calles y los alrededores de las poblaciones... Roque cargaba a sus espaldas a los pobres enfermos y los llevaba de una parte a otra. Los alimenta, los curaba, los besaba y abrazaba con un amor y entrega como si lo hiciera al mismo Jesucristo.

Por fin llegó a Roma... la santa ciudad que conservaba tantos y tan sagrados recuerdos de Santos y Mártires... Corrió a postrarse ante las sagradas tumbas de los Príncipes de los Apóstoles y allí pasaba horas interminables...

A pesar de que abundaban los peregrinos pronto empezó a correr la voz de que había un peregrino singular. El Papa estaba en el destierro de Aviñón, pero los cardenales y otras ilustres personalidades igual que la gente sencilla, acudía, a él para verle y pedirle consejo.



Le visita la peste

En Roma le iba todo demasiado bien y aquello no podía seguir así. Era demasiado bien considerado y no le faltaba nada... Quisieron llevárselo a sus palacios los grandes de Roma pero él lo deshechó siempre. Un día un cardenal le dijo:

—Joven, veo que usted es el elegido del Señor. Piense en que podía hacer un gran bien como sacerdote y después como ilustre purpurado en la Iglesia de Jesucristo... ¿quiere que le hable de ello al Santo Padre que está en la ciudad de Aviñón, cerca de donde usted viene ahora?

El joven Roque que oyó aquellas lisonjeras palabras huyó de ellas como si hubiera sido de un feroz enemigo ¿Cómo, el pobre ignorante y gran pecador podía llegar a ser cuanto aquel ilustre purpurado le proponía?...

Otras veces recorría las calles de Roma para ver si daba con algunos enfermos y pobres que era su gran apostolado y se encontraba con gentes que le conocían y gritaban:

—“Por ahí va el santo, por ahí va el santo...”

Pronto se dio cuenta que aquel ambiente no era para él y salió de Roma en dirección de Plasencia donde había oído que también estaba azotada tristemente por la peste.

Se dirigió al hospital de la ciudad y pidió ser admitido para poder cuidar a los apestados. Aquí no encontró tanta resistencia para ser admitido como en Acquapendente, pues él mismo dijo que ya tenía experiencia en el oficio y que lo haría lo mejor posible...

Una noche mientras dormía oyó la voz del Señor que le decía:

—“Hijo mío, grande ha sido tu valor entregándote a cuidar a los enfermos por amor mío. Se valiente ahora ya que tú mismo vas a padecer esos males de la peste...”



El rico se hace pordiosero

Mientras curaba a los apestados en Plasencia él mismo cogió la enfermedad de la peste. Le vino una fuerte fiebre y unos terribles dolores que pronto se extendieron a todo su cuerpo...

Trataron de curarlo pero... nada se pudo hacer. Fue puesto entre los demás apestados en el mismo hospital... Y él que sabía muy bien que no podía ir por la ciudad, un día, arrastrándose como pudo, salido del hospital y empezó a caminar hacia el despoblado.

A muchos que él había curado los encontraba ahora y reconocían pero nadie le echaba una mano por miedo al contagio. ¡Así somos de olvidadizos e ingratos...! Lo que él hacía por los demás nadie se atrevía ahora a hacerlo por aquel hombre que por su caridad había sido presa de la misma peste...

En las afueras se metió en una pobre covacha que había para los animales.

Allí es donde acudía cada día el perro del rico Gotardo para llevarle el panecillo... Allí es donde el Señor hizo brotar milagrosamente una fuente de cristalina agua para que serenase aquella sed abrasadora.

Gotardo al descubrir quien había allí, un día se atrevió a acercarse ya que su perro lo hacía. El mismo se dijo para sí:

—“Este debe ser un hombre de Dios, ya que hasta los mismos animales le quieren y ayudan en su enfermedad”.

Y fue a visitar al joven apestado:

—“No, no, no os acerquéis aquí, —le gritó el joven Roque—, yo estoy apestado y puedes contagiarte”.

—No me importa. ¿Va a ser más generoso mi perro que yo?”

Y desde entonces se puso a su cuidado... Abandonó su rico palacio y fue mendigando puerta por puerta para atender a Roque y a sí mismo.



Dios viene en su ayuda...

Roque y Gotardo en medio de su común desgracia encontraban una inmensa paz interior... Sufrían por Cristo y esto es lo que buscaban el maestro y el discípulo el pobre y el rico. Los dos habían abandonado todas sus riquezas por seguir a Jesucristo...

Gotardo debía sufrir más aún por Jesucristo ya que era humillado por sus mismos súbditos y entre sus mismas gentes: Antes tan rico y considerado y ahora hecho la irrisión de cuantos le veían... Vestido de mendigo y pidiendo de puerta en puerta... para alimentarse a sí mismo y a aquel pobre apestado...

Por fin un día Roque suplicó a Gotardo:

—“Hermano mío, llévame a las puertas de la ciudad pues debemos hacer algo allí. El Señor quiere manifestar ya su perdón y su misericordia para con esta ciudad...”

Una vez en la ciudad Roque se hizo trasladar al mismo hospital donde había sido primero enfermero y enfermo después. Cuantos le veían huían de él... Pero pronto acudieron a él en masa por el prodigio que el Señor por su medio empezó a obrar:

—“¡Milagro, milagro!...” gritaban todos.

¿Qué había sucedido? Que Roque hacía la señal de la cruz sobre los enfermos apestados y quedaban inmediatamente curados. Que se ponía en los cruces de las calles y trazaba la señal de la cruz sobre aquellas hileras interminables de apestados y quedaban curados.

De vuelta hacia la cueva oyó una voz del Señor que le decía:

—“Roque, siervo mío bueno y fiel. Bien has trabajado en mi servio. También tú estás curado de tu enfermedad. Vuelve a tu patria y practica allí obras de penitencia para que puedas ser contado entre mis elegidos...” Y abandonó la ciudad de Plasencia.



Prisionero por Cristo

Gotardo y Roque formaban una pareja envidiable. Sus almas se habían compenetrado de tal forma que nada ni nadie las podía separar... Por otra parte Roque acababa de recibir una orden tajante del Cielo de que volviera a su patria, a Montpellier...

¿Qué hacer? Había que obedecer. El puesto de Gotardo estaba allí, en Plasencia, para que con su cambio de vida fuera un continuo reclamo para aquellos ricos que usaban mal de sus riquezas y que se olvidaban del más allá y de hacer obras de caridad con los pobres. Para que recordaran que estamos de paso en este mundo y que todas las vanidades de esta tierra hemos de abandonarlas antes o después...

Lo dejó bien fortalecido en la fe, lo formó lo mejor que pudo... y se despidió de aquel hermano de su alma... Y se puso en camino hacia Montpellier.

Al llegar a su patria se la encontró toda revuelta en intrigas y luchas intestinas por el poder...

Al verle tan pobremente vestido... alguien sospechó de él y lo tomó por espía... lo comunicó al gobernador y fue metido en la cárcel.

El gobernador que era su mismo tío y que de ninguna forma lo había reconocido, después de haberle interrogado para saber quién era y no sacar nada en claro, mandó que lo azotaran y que lo metieran en la cárcel con cadena perpétua.

Ya en el calabozo, que era de lo más duro y lóbrego que se puede imaginar, Roque empezó a disfrutar en medio de los tormentos porque todo le parecía poco por Aquel que por él había muerto en la Cruz... No vio ya durante cinco años que duró aquel tormento la luz del sol. A los malos tratos y hambre añadía otras mortificaciones corporales... Todo le parecía poco por Cristo y por sus hermanos los hombres...



“Ha llegado tu hora”

La robusted de aquel cuerpo ya se estaba desmoronando... Cinco años en una cárcel en situación poco higiénica y rodeada de grandes sacrificios acaban con la salud más robusta...

La comida escaseaba y sus mortificaciones aumentaban. Todo esto fue poco a poco minando su salud y ya se veía llegar la hora de la partida de este mundo...

Pero aún antes había de obrar prodigios el Señor por medio de su fiel servidor...

Los mismos carceleros que le atendían quedaban prendados de su comportamiento y de la vida que llevaba. Algunos acudían a él para pedirle consejos y para contemplarle mientras rezaba por que parecía un serafín más que un malhechor...

Pero también quiso el señor que alguien no le comprendiese y que fuese su instrumento de santificación. Había un soldado que parecía gustaba de hacerle sufrir y de tratarle peor que a un animal... El santo jamás le contestaba ni miraba con malos ojos... Al contrario, con un amor nunca visto le miraba con bondad y perdonaba dentro de su corazón.

Su tío, el hermano del padre de Roque que era el gobernador de Montpellier y quien sin conocer había condenado a su propio sobrino, y en su propia patria, vivía la mar de contento sin pensar en lo que pasaba en aquel calabozo.

Una noche el Señor se le apareció y le dijo:

—“Mi querido hijo Roque, ya ha llegado tu hora. Vas a entrar en mi gloria. Si tienes alguna gracia que pedirme hazlo enseguida...

—Padre mío y Señor Jesucristo: Os pido perdón de todos mis muchos pecados y a la vez que concedas a cuantos pidan en mi nombre ser curados de la peste que les concedas este favor...” Y expiró. Era el 16 de agosto de 1327.

Un santo muy popular

Tendido sobre un pobre y mísero petate partió su alma hacia el Creador mientras su cuerpo empezó a obrar toda clase de prodigios...

Los primeros en dar la noticia fueron los mismos carceleros que acudieron al gobernador de la ciudad para decirle:

—“Señor, ese preso que acaba de morir era un santo. De su cuerpo salen unos rayos de luz maravillosos. Ya corre la voz de que ha hecho prodigios y de que es el joven Roque vuestro sobrino que volvió en forma de mendigo...”

El gobernador quedó profundamente impresionado y sin querer fiarse de cuanto le decían quiso él mismo bajar a los lóbregos calabozos y contemplar aquellas maravillas...

—“No hay duda. No hay duda. Este es mi sobrino Roque. Qué pena la mía el haber sido yo mismo quien trató tan mal a mi propia carne y quien le he dado la muerte. Perdóname, hijo mío. Y tú, Señor Jesucristo, perdona mi pecado...” Y prorrumpió en sollozos desconsolados...

Se le tributaron unos solemnísimos cultos fúnebres y aquel que siempre despreció los honores y que quiso vivir olvidado y desconocido de todos ahora recibía ya en la tierra el premio a sus muchas virtudes.

Pronto la fama corrió de boca en boca y traspasó los límites de aquella región, de Francia y... llegaron las maravillas que el Señor obraba por medio de su fiel servidor a todas partes de Europa...

El Señor obró muchos milagros por su intercesión esencialmente con los apestados... Toda clase de milagros se le atribuían a su poderoso valimiento...

Por todas partes se extendió su culto y sus imágenes y fiestas empezaron a prodigarse por doquier.